

Cabezazos a la escalera

Lina Alejandra Uribe Henao

En algún tiempo durante mi infancia me pregunté por qué mi papá y mi tía no lograban llevarse bien. Parecía ilógico, pues mi tía, quien además es mi madrina, estuvo siempre pendiente de que yo estuviera bien y que no me faltara nada. ¡Ay, cosas de grandes! Mi primo y yo jugábamos, peleábamos, nos agarrábamos del pelo y llorábamos, pero momentos después olvidábamos todo y comenzábamos la nueva travesura. Lastimosamente, la relación entre mi papá y mi tía era distinta y hubo algo que él nunca pudo perdonarle.

Cuando mi mamá vio a mi abuelo y a mi tía, en la universidad en la que ella estudiaba, con la cara bañada en lágrimas, se imaginó lo peor: quizás la abuelita había muerto. Afortunadamente la tragedia no alcanzaba esos límites. “Se cayó... fue Lina... se rodó por las escaleras desde el segundo piso...”, le dijo mi tía con las palabras que el llanto y el pánico le dejaban pronunciar. Mi mamá, como toda madre cuando recibe una mala noticia de su hijo, salió corriendo y atravesó la calle sin pensar en que podía terminar bajo una llanta. Tomó un taxi y empapó los cojines con sus lágrimas. El señor taxista pensaba que la habían robado y ella, muy en el fondo, pensaba que hubiera preferido eso.

Llegó a casa y me encontró en brazos de mi papá, quien tenía la firme intención de hacerme dormir para calmar mi llanto. La situación fue la siguiente: mis padres estaban cumpliendo con sus compromisos diarios y me habían dejado al cuidado de mis dos tías, entre ellas mi madrina. Además, en la casa estaba mi primo Fabio, dos años mayor que yo, que en ese entonces tenía dos años y nueve meses. Mi madrina se estaba bañando y mi otra tía se pintaba las uñas. Mi primo y yo, supongo, jugábamos como de costumbre. A él se le ocurrió que podía ser divertido si abría la puerta que conducía al primer piso por medio de unas escaleras y así lo hizo. Yo, aprovechando las ventajas de desplazamiento que me daba el caminador, me precipité al vacío.

Caí rodando y esquivé milagrosamente los chuzos que sostendrían las barandas aún no instaladas. A mi tía, me imagino, se le corrió la raya del francés por semejante susto. Mi otra tía salió del baño con sus senos al aire y fue a mi rescate. Discutió con mi papá mientras yo lloraba y mi cabeza se hinchaba progresivamente. Dos horas después, fue a buscar a mi mamá a la universidad en compañía de mi abuelo.

Llegué al hospital y me hicieron tantos exámenes como fue posible. Además, me mantuvieron en controles los dos siguientes años. Pienso ahora que ese golpe fue lo que me hizo ser medianamente inteligente, pero luego me siento medianamente estúpida por pensar en esas cosas. Todo está bien, eso es lo importante.

A mi primo lo perdoné de inmediato, tal vez durante la misma caída. Compartimos juntos nuestra infancia y lo que ahora nos separa son motivos de fuerza mayor y de decisiones mal tomadas. Mi papá, por su parte, nunca le perdonó el descuido que pudo haber matado a su primera hija. Todavía hace mala cara cuando ve a la “bruja” que permitió que su niña le diera cabezazos a la escalera.